

**GEORG GRODDECK PARTE VII:
EL ANALISTA SALVAJE.**

Michele M. Lualdi (*)

Los contribuciones precedentes han trazado un camino que ha permitido, por un lado, identificar imprecisiones y contradicciones en las reconstrucciones biográficas de las primeras experiencias psicoanalíticas congresuales de Groddeck (La Haya, 1920; Berlín, 1922) y, por otro lado, confirmar la veracidad y la paternidad de su declaración de 1920: “Soy un analista salvaje”.

Wilfred Bion, quien, por su parte, en varias ocasiones en sus seminarios, llamaba la atención sobre los “pensamientos salvajes” (Bion, 1983, 21, 61; Bion, 1997; Bion, 2005, 62; énfasis añadido), gustaba también de recordar un aforismo del filósofo francés Maurice Blanchot:

“La respuesta es la desgracia de la pregunta” (Bion, 1978, 41, 67).

El llamado del gran psicoanalista inglés era a no dejar de cuestionar los hechos, para evitar el peligro de que el conocimiento (K), al consolidarse excesivamente y calcificarse en nociones (Bion, 1983, 18, 70), terminara convirtiéndose en una especie de coraza (-K) para protegerse del constante esfuerzo del verdadero aprendizaje (Bion, 1962, 125; Correale, 1994, 105). Sin adentrarnos aquí en la elaborada epistemología bioniana, podemos hacer nuestro su llamado al volver a plantearnos las preguntas de las cuales ya conocemos la (o mejor dicho, una) respuesta y, por lo tanto, volver a cuestionar el significado de la declaración de Groddeck. Preguntémosnos, recuperando la interjección de un conocido e ingenuo personaje de Carlo Verdone: “¿En qué sentido analista salvaje?”

La respuesta demasiado conocida es que él se estaría declarando analista sin una formación oficial aludiendo a la antigua cuestión del análisis salvaje o lego (Freud, 1910), un tema de acalorados debates incluso durante el congreso de La Haya. Todos o casi todos los biógrafos que hemos considerado hasta ahora se han movido en esta línea, y aquellos que no lo hacen es porque guardan silencio sobre el tema. Pero es precisamente de ello de donde proponemos salir, al menos temporalmente, como de una armadura rígida que si bien protege, también impide movimientos más complejos y articulados o de alguna manera no previstos por sus articulaciones.

Naturalmente, son los Grossman quienes forjaron las primeras placas de esta sólida y resistente coraza:

“Había agitación. El análisis salvaje, es decir, realizado por personas no formadas, era un verdadero problema. Ya en 1910, Freud había escrito un artículo sobre sus peligros. Como Groddeck había predicho en *Nasamecu* [1913], cada uno se ilusionaba con ser un analista; cualquier charlatán se autodenominaba así. Cualquiera que hubiera leído un artículo sobre la técnica podía abrir su práctica como analista. No había diplomas, no se necesitaban certificaciones...

Sería pues luego típico de Groddeck abrir sus conferencias con una afirmación sin nada de tacto” (Grossman, Grossman, 1965, 95-6; énfasis de los autores, corchetes míos).

En cambio, Grotjahn no ve tanto una afirmación sin tacto, sino más bien una declaración orgullosa y polémica (Grotjahn, 1966, 268), en línea con “su manera provocadora y masoquista” de enfrentar situaciones públicas (Grotjahn, 1971, 152). El autor no se adentra en un análisis más profundo de la cuestión.

Con mayor precaución, debemos evaluar la reconstrucción ofrecida en 1980 por Clark, especialmente en la versión italiana, cuando dice:

“Comenzó por autodenominarse un ‘analista salvaje’ porque afirmaba ignorar (o tal vez simplemente pretendía desafiar) la costumbre arraigada entre las personas respetables de etiquetar como ‘salvajes’ a los psicoanalistas que defendían la tesis del amor libre, y que desde hacía tiempo contribuían a empañar la reputación de la causa psicoanalítica” (Clark, 1980a, 417).

En realidad, el texto original suena un poco diferente:

“He began by introducing himself with the words: ‘I am a wild analyst,’ either being ignorant of, or ignoring, the fact that ‘wild analyst’ was the name given to those totally unqualified psychoanalysts frequently advocating free love, who were already getting the cause a bad name” (Clark, 1980b, 403)

Es decir:

“Comenzó presentándose con las palabras: “Soy un analista salvaje”, sin saber o queriendo ignorar el hecho de que “analista salvaje” era el nombre dado a aquellos psicoanalistas completamente carentes de calificaciones, a menudo defensores del amor libre, que ya entonces estaban perjudicando la reputación de la causa. (traducción mía)

Resaltan a la vista las importantes diferencias entre las dos versiones, pero al referirnos al texto original, que es prioritario en este caso, podemos considerar la explicación de Clark como superponible a la de los Grossman, aunque personalmente me queda cierta perplejidad sobre esa precisa referencia al “amor libre”, que quizás no sea más que un eco no deseado adicional de la historia (como hemos visto, bastante poco fundamentada) que presenta a un Groddeck mal visto en el congreso de 1920 precisamente por su relación sentimental con Emmy von Voigt. Como me aclaró Beate Schuh de la Georg Groddeck Gesellschaft, en aquel momento, tal relación se llamaba “*wilde Ehe*” (correo electrónico del 24 de enero de 2022, énfasis mío), es decir, literalmente: “matrimonio salvaje”.

Peter Gay no aporta ningún detalle adicional; da por sentado el significado de la frase y añade, como explicación de por qué Groddeck la pronuncia, que este:

“Sabía muy bien que es justamente eso lo que los analistas presentes intentaban no ser ni parecer” (Gay, 1988, 369).

Por otro lado, Martynkewicz se detiene más extensamente en el tema, insinuando fuertemente que consultó los actos del congreso de La Haya publicados en el cuarto fascículo del *Zeitschrift* de 1920 (Anónimo, 1920, 379-89), aunque no los menciona entre sus fuentes.

“Parece que él había comenzado con la afirmación auto irónica: ‘Soy un analista salvaje’... lo que quiere ser solo una broma para atraer al público, provocando risas, porque hasta ese momento se había discutido vehementemente sobre los efectos nocivos del psicoanálisis ‘salvaje’. Adolf Stern, un analista de Nueva York, habló de la situación en América, donde los alumnos que se autodenominan freudianos aplican las técnicas más diversas y métodos muy diferentes. Numerosos analistas presentes en el congreso pidieron reglas homogéneas y vinculantes para la formación de analistas. La discusión continuó con vehemencia sobre la solicitud de otorgar en el futuro un diploma a los analistas. La cuestión del diploma, que en los años siguientes sería el tema candente de la asociación, se discute por primera vez precisamente en La Haya. Cuando Groddeck pronuncia su breve discurso festivo, los ánimos ya se han calmado y la

solicitud de Freud de posponer la cuestión del diploma al próximo congreso ha encontrado la aprobación de muchos participantes. La intervención que Groddeck ofrece a los analistas como aperitivo antes de la cena vuelve a encender el debate” (Martynekewicz, 1997, 260-1).

Si la cuestión es, para todos los autores, aquella de lo literal y concreta del análisis salvaje, lo que varía entre ellos es cual era la motivación de esta salida de Groddeck: para los Grossman, simplemente sería falta de tacto; Grotjahn ve en ello una polémica y una provocación; Martynekewicz, una ironía, una especie de *captatio benevolentiae*. Clark, por su parte, ofrece dos explicaciones, una de las cuales definitivamente se descarta: de hecho, que Groddeck ignorara lo que se entendía por “analista salvaje” es imposible considerando que, como recuerda Martynekewicz, eso se discutió precisamente en el congreso antes de su conferencia. En cuanto a la otra explicación, la de “hacer como si” no estuviera al tanto del asunto, queda sin explicar por qué lo haría.

No es que no esté de acuerdo con esta atribución de la frase de Groddeck al problema muy concreto y atendible del análisis salvaje. Personalmente, creo que desde este punto de vista, él pretendía expresar de manera provocadora su idea sobre la inutilidad de definir caminos obligatorios e institucionalizados para la formación analítica. Esto estaría en línea con su personalidad de *outsider*: por ejemplo, al enviar a Freud el 17 de octubre de 1920 el texto preparado para el *Zeitschrift* y relacionado con su conferencia en el congreso de La Haya, Groddeck comentó de esta manera, con cierta ironía que roza el sarcasmo:

“Después de esta prueba, espero ser digno del diploma de psicoanalista y poder retornar, con la conciencia tranquila, a mi jerga habitual...” (Freud, Groddeck, 1970, 39).

La alusión es doble. En primer lugar, hay una referencia bastante despectiva a la obtención del “diploma” de psicoanalista: si escribir un ensayo de psicoanálisis es suficiente para merecerlo, no parece ser una gran garantía de formación. En segundo lugar, Groddeck destaca su inutilidad práctica: una vez obtenido, él solo volverá a su estilo de trabajo habitual. El diploma tendría esencialmente un efecto intrapsíquico, el de calmar la conciencia moral satisfaciendo el Ideal del Yo. También, como testimonio de su actitud hacia las instituciones, menciona en la carta del 27 de abril de 1920:

“Le agradecería que solicitase que yo pudiese ingresar a una de las Sociedades Psicoanalíticas. *Ya sé de antemano que no soy un tipo muy adecuado*; sin embargo, puedo decir que soy soportable” (Freud, Groddeck, 1970, 36; énfasis mío).

Y en la del 23 de noviembre de 1923:

“... sorteé la carrera universitaria, que se me presentaba en las mejores condiciones, al igual como aquella psicoanalítica, que se me ofrecía durante el congreso” (Lualdi, 2022a, 5).

De manera similar, y como último ejemplo, está la forma como Simmel comenta en su escrito, con relación al sexagésimo cumpleaños de Groddeck:

“Lo sabemos: *Groddeck* detesta todo aquello que huelga a corporación, incluso cuando ella se reúna solo con el propósito de rendirle un homenaje” (Simmel, 1926, 6).

Algunos elementos me llevaron a profundizar aún más en esta cuestión y a preguntarme si, por casualidad, la frase de Groddeck no podría interpretarse (también) de una manera diferente. Es curioso, por ejemplo, que el mismo Simmel descarte cualquier referencia directa a la declaración de Groddeck del análisis salvaje para centrarse en otros posibles significados. Ciertamente, estamos ante un escrito elogioso, por lo que no

podemos esperar la imparcialidad necesaria para considerar completamente confiable una fuente histórica, pero hay algo más.

En primer lugar, según los estándares de la formación analítica incluso en 1920, Groddeck no era en absoluto “salvaje”. No solo porque muchos de sus colegas, al igual que él, practicaban sin haber pasado por un análisis propio, ni personal ni mucho menos didáctico; no solo porque, como nos recuerda Simmel, en su campo principal de ejercicio psicoanalítico, es decir, el de los trastornos orgánicos, no existía ninguna figura que tuviese más experiencia que él y de quien pudiera aprender; sino sobre todo porque no era, ni se podría considerar, como uno de aquellos que, como escriben los Grossman, hubiesen simplemente leído uno que otro artículo técnico antes de ejercer como analistas. Bastaría para demostrar esto, ya la primera carta escrita a Freud el 27 de mayo de 1917 (Freud, Groddeck, 1970, 9 y siguientes), de la referencia a *Nasamecu* hecha por los Grossman y mencionada anteriormente, así como el artículo de Groddeck de 1921, “*Sobre el psicoanálisis de lo orgánico en el hombre*”, que permite apreciar su conocimiento de las publicaciones psicoanalíticas de Freud y mucho más.

En segundo lugar, consagrando su posición oficial como analista, no solo está su asociación, ocurrida poco antes del congreso de La Haya, con la Sociedad Psicoanalítica Alemana (Freud, Groddeck, 1970, 37), sino sobre todo la aprobación directa y previa del padre del psicoanálisis, que el 5 de junio de 1917 (tres años *antes* de los eventos discutidos aquí), en su primera carta dirigida a Groddeck, le escribe:

“Le haría un gran favor si le apartara de mí, y le pusiera donde están Adler, Jung y otros. Pero no puedo hacerlo, debo avanzar mis pretensiones sobre usted, debo afirmar que es un analista espléndido, que ha captado irrevocablemente la sustancia del asunto. Quien reconoce que la transferencia y la resistencia son la clave del tratamiento, pertenece ahora, sin remedio, a la horda de los salvajes” (Freud, Groddeck, 1970, 16-7).

Nada de esto caracteriza al analista salvaje, que no tiene formación, no pertenece a ningún grupo psicoanalítico oficial y ciertamente no puede contar con la aprobación de Freud. Y me parece que estas discrepancias entre lo que se entiende por analista salvaje y la situación concreta de Groddeck terminan comprometiendo el efecto, ya sea irónico o provocador, de su afirmación frente al público. Simmel, que vive los eventos en primera persona, evidentemente se dio cuenta de ello y, de hecho, percibió en la declaración de Groddeck la reivindicación de la prioridad de haber entregado al psicoanálisis un nuevo campo de investigación, la psicósomática. Que la afirmación haya sido entendida por los biógrafos posteriores en un sentido completamente diferente, y que luego se volvió dominante, no sería de sorprender: ya sea porque, como hemos podido constatar, no es la única imprecisión, ya por aquel proceso de calcificación del conocimiento, tan bien descrito por Bion.

Entonces, puede ser útil retomar este punto sobre la interpretación ofrecida por Simmel y regresar desde aquí a interrogarnos sobre la frase de Groddeck. Al hacerlo, pretendo seguir la sugerencia de Bion y prestar atención a algunos de mis “pensamientos salvajes”: así, concluyendo un recorrido en el que he considerado y criticado los elementos infundados, en cierto sentido “míticos”, de las reconstrucciones previas de otros, propondré también mi propia hipótesis decididamente especulativa. Aunque pueda parecer poco fundamentada, resulta, al menos más coherente no solo con todos los datos históricos y fuentes examinados en las contribuciones anteriores, sino también con lo que he captado de la personalidad de Groddeck a través de la lectura de su correspondencia con Freud.

LA HORDA SALVAJE

Volvamos brevemente a la cita hecha anteriormente de la carta de Freud a Groddeck del 5 de junio de 1917:

“Quien reconoce que la transferencia y la resistencia son la clave del tratamiento pertenece ahora, sin remedio, a la horda salvaje” (Freud, Groddeck, 1970, 17).

El punto crucial es la expresión “horda salvaje”, que goza de cierta fama gracias también a la traducción de un importante volumen dedicado por Roazen a la historia del psicoanálisis, *Freud y sus seguidores*:

“A Freud le gustaba pensar en sus seguidores como una ‘horda salvaje’: esto correspondía a su imagen de conquistador” (Roazen, 1975, 399).

Ciertamente, sabemos que Freud se consideraba a sí mismo un “conquistador” desde los tiempos de su amistad con Fließ (carta de Freud a Fließ del 1 de febrero de 1900; Freud, 1985, 434), aunque en qué sentido seguir a un conquistador debería significar ser un maldito, francamente se me escapa, a pesar de la naturalidad con que Roazen lo afirma.

Si buscamos más información consultando directamente el original de la carta de Freud a Groddeck, descubrimos que esa “horda salvaje” es en realidad un “wilden Heer” (Groddeck, Freud, 2014, 10), es decir, literalmente un “ejército salvaje”, una “horda bárbara”. Una diferencia no insignificante. En primer lugar, algo que se escapa a una traducción italiana clásica, y que nos sitúa de forma inesperada de cara a lo más significativo de la afirmación de Groddeck, ese adjetivo “wild” en el que Simmel ya había puesto su énfasis y que luego orientará las interpretaciones de los biógrafos posteriores: podríamos decir que rara vez un adjetivo fue más “calificativo”.

Pero hay más: “das wilde Heer” no parece ser una denominación casual y neutral, ya que corresponde a uno de los nombres (otro es “Die wilde Jagd”, la “caza salvaje”) con los que se conoce una *antigua leyenda* de origen nórdico, difícilmente desconocida para Freud. Se encuentra, por ejemplo, en *Atta Troll* de Heinrich Heine, escritor cuyas obras Freud poseía en su totalidad (Davies, Fichtner, 2004, 246); también lo menciona Jakob Grimm en su *Deutsche Mythologie* [Mitología alemana], autor y tema que no son ajenos a sus intereses. Sin contar, por supuesto, su difusión entre la población, asociada como está con las ritualidades religiosas cristianas (y si no hubiera sido difundida entre la población de habla alemana, difícilmente Heine la habría integrado en una de sus obras...). La leyenda, con variaciones locales, es conocida en toda Europa, incluida Italia, donde toma el nombre de “caza salvaje”, “caza infernal”, “horda furiosa”, etc. (pero no, según tengo entendido, “horda maldita”). Ya en el siglo XIV se encuentran rastros de ella en la literatura italiana, en particular en la octava novela de la quinta jornada del *Decamerón* de Boccaccio, *Nastagio degli Onesti*.

En un breve resumen, la leyenda cuenta que una horda de seres sobrenaturales¹ atraviesa el cielo en una caza furiosa, “die wilde Jagd”. El cazador salvaje, “der wilde Jäger”, lidera su propio ejército, “das wilde Heer”, formado con caballos, sabuesos y batidores. Presenciar el paso de la hueste salvaje, que generalmente se cree que ocurre en la noche de Navidad, así como durante la Epifanía, el carnaval o el Viernes Santo, es presagio de desgracias personales (enfermedades, muerte) o colectivas (guerra, epidemia²).

Mi hipótesis es que al escribir a Groddeck, Freud quiere aludir, con su característica sutil ironía, a la leyenda y, más específicamente, al incluir al destinatario entre los miembros de la hueste salvaje, se arroga al mismo tiempo el papel del cazador salvaje, de aquel que guía a las huestes. Creo que esta perspectiva también refuerza la consecuencia lógica mencionada anteriormente por Roazen, y que yo formularía de la siguiente manera: a Freud le gustaba pensar en sus seguidores como una ‘hueste salvaje’: esto correspondía a su propia imagen de cazador salvaje, siguiendo la extendida y homónima leyenda nórdica.

Lo que justifica una lectura entre líneas de los decires de Freud es el hecho de que tales citas “disfrazadas” son una característica de su estilo, tanto en lo que respecta a su escritura pública (artículos, ensayos, volúmenes) como privada, como, por ejemplo, en sus cartas. Por supuesto, se trata de una peculiaridad que asigna un sentido y, por lo tanto, ella puede persistir solo en un contexto como el que él experimenta, y en el cual la homogeneidad sustancial de sus referencias literarias y, más en general, culturales alcanzadas por medio de sus estudios garantiza un patrimonio de conocimientos compartido, especialmente entre aquellos que han cursado estudios superiores y universitarios, y ofrece al destinatario excelentes posibilidades de captar las alusiones de su interlocutor. Este es un tema amplio, sobre el cual tendré la oportunidad de profundizar en una próxima publicación que abordará ciertos aspectos del autoanálisis de Freud desde este punto de vista; por ahora, baste un ejemplo que nos concierne de cerca. En la carta del 21 de febrero de 1883

a su futura cuñada Minna Bernays, Freud le escribe:

“Todavía hay nubes en el horizonte doméstico; en un rincón, tu Ignaz gruñe, en el otro, tu madre sigue molesta; pero no faltan signos de que esta pareja, después de la ‘*guerra lassa*’ (guerra sorda), harán las paces” (Freud, 1960, 30).

Esta frase contiene una cita precisa, “*de guerra lassa*”, que Freud no necesita resaltar con comillas u otros signos gráficos, precisamente porque sabe que Minna la entenderá por sí misma: así, no explicitado por el autor pero descubierto por la lectora, la alusión crea, a diferencia de la cita declarada, un segundo nivel de comunicación (“yo sé que tú sabes”) e incluso un tercero (“sé que tú sabes que yo sé”) y con ellos un placer adicional en la lectura, basado en la complicidad. En mi caso, sin embargo, para entender la referencia literaria, me fue útil la providencial nota 5 de la página 441: gracias a ella, aun perdido de la comprensión implícita con que Freud se permite ese juego alusivo, descubro que “*guerra lassa*” es una expresión tomada de la obra en verso *Lenore* de Gottfried August Bürger, autor de varias baladas, incluida... *Der wilde Jäger* (“El cazador salvaje”).

Las dos baladas fueron traducidas al italiano en 1816 por el poeta milanés Giovanni Berchet, que decidió presentarlas en un único escrito: *Sul cacciatore feroce e sulla Eleonora di Goffredo Augusto Burger. Lettera semiseria di Grisostomo*. En la introducción, Berchet sitúa a Bürger entre los tres principales líricos alemanes junto a Friedrich Schiller y Wolfgang Goethe (por cierto, ambos citados frecuentemente por Freud) y explica que ha decidido poner juntos *Lenore* y *Der wilde Jäger* porque son los dos poemas más conocidos en los que el autor trata el tema que le interesa de lo “terrible” y lo “mágico” (Berchet, 1816, 210-1, 255). Y siempre Berchet nos confirma que *Der wilde Jäger* no es más que una transposición literaria de la leyenda que estamos tratando, ni más ni menos que la novela de Boccaccio mencionada anteriormente, con las inevitables diferencias debidas a las dos diferentes culturas de pertenencia y tradiciones de referencia (Berchet, 1816, 239-40).

En resumen, si bien es cierto que, según mi conocimiento, Freud cita a Bürger solo en la carta a Martha mencionada anteriormente, me parece muy difícil que él no conozca, ya sea a través de este autor o por otros medios, la leyenda de la caza salvaje y considero muy probable que aluda a ella al escribirle a Groddeck el 5 de junio de 1917. Y que con la misma probabilidad, Groddeck, similar a Freud en formación académica y contexto cultural, habría captado la referencia literario-legendaria.

Por sí misma la leyenda de la “horda salvaje” es intrínsecamente apta para representar el trasfondo del primer intercambio entre Freud y Groddeck, destinado a delinear sus roles respectivos. Así, cuando el médico alemán lo contacta por primera vez preguntándole si puede considerarse “entre los psicoanalistas según Su definición” (Freud, Groddeck, 1970, 11) y destacando al mismo tiempo la independencia tanto de su formación como del ámbito en el que aplica el conocimiento analítico, es decir, las enfermedades orgánicas, Freud responde que sí, que puede considerarse entre los analistas y que tiene derecho a pertenecer a la “horda salvaje”, pero que no debe reclamar ninguna prioridad u originalidad: Freud es el único que lidera, parafraseando a Berchet, la “chusma feroz” (Berchet, 1816, 239); nadie más puede ser el “cazador salvaje”. En su primera carta a Groddeck, Freud expone de manera concisa y efectiva este doble punto, en un pasaje posterior al mencionado sobre la “horda” que se señala como “salvaje”:

“Querría entonces darle la bienvenida como colaborador con los brazos abiertos, pero solo me perturba el hecho de que usted haya, al parecer, superado tan poco la banal ambición de la originalidad y aspire a la prioridad... Usted tiene, después de todo, diez o quizás quince años menos que yo (1856). ¿No podría haber absorbido de manera criptomnésica las ideas fundamentales del psicoanálisis?” (Carta de Freud a Groddeck del 5 de junio de 1917; Freud, Groddeck, 1970, 17-8).

Pero, ¿cómo reacciona Groddeck ante esta propuesta de Freud de establecer roles de cazador y seguidor, de líder y de miembro de grupo? Quienes lean la correspondencia entre ambos notarán cómo continúa elaborando la cuestión a lo largo de toda su relación con Freud³, con resultados alternativos y una conciencia de sus propias dificultades tanto lúcidas como inútil para resolver el problema. En el fondo, se encuentra la intensa ambivalencia entre su amor hacia Freud y su dedicación al psicoanálisis por un lado, y por otro, la ambición de ser reconocido por sus contribuciones al desarrollo de este último, desempeñando el papel personal de pionero y líder que conquista nuevos territorios.

Es notable que las cartas inmediatamente posteriores al congreso de 1920 representen uno de los momentos destacados en los cuales se manifiesta el vaivén de Groddeck entre la necesidad de dependencia y la aspiración a la libertad, entre sentirse seguidor acogido y pionero inigualado. En este sentido, la carta que escribe a Freud el 20 de noviembre de 1920 es muy significativa. Este último había recibido el mes anterior el ensayo “*Sobre el psicoanálisis de lo orgánico en el hombre*”, una sistematización de la conferencia de Groddeck en el congreso de La Haya, y respondió el 15 de noviembre pidiendo, entre otras cosas, que se modificara (o más bien, se amputara) la parte final, que consideraba demasiado mística. Groddeck responde cinco días después, siendo humilde y complaciente ante la solicitud de Freud pero advirtiéndole:

“Mi misticismo, del cual no puedo prescindir, deberá salir por algún otro lado” (Freud, Groddeck, 1970, 42).

Es justamente a propósito del misticismo, que después de haberse sometido a la autoridad de Freud, que Groddeck insinúa la idea de un libro, por supuesto “*El libro del Ello*”; esta proposición pone al descubierto la intensa ambivalencia de su vínculo con Freud, entre un impulso hacia una orgullosa autonomía y una dependencia que ha sido descrita con connotaciones incluso simbióticas, de confusión con el otro, cuya separación solo puede ser experimentada como la laceración de un Yo tan frágil que se reduce a una verdadera Piel-Yo. Permítame citar extensamente la carta, con sus conmovedoras notas finales:

“... temo que a Ud., no le gustará demasiado, ya que contendrá mucho misticismo y mucha fantasía. También para mis relaciones con Ud., será una gran cosa cuando haya dado a luz a este monstruo. Me siento como un niño del cual los adultos piensan que ha sido bueno, mientras en lo más profundo oculta todo tipo de cosas que, él sabe bien, no serían aprobadas por los padres; por eso me gustaría que usted conociera este trabajo. Entonces veremos si todavía puede tolerarme como seguidor. No escapa a mi atención que detrás de este miedo a perder su aprobación se esconde el deseo de recuperar la libertad... El megalómano que vive dentro de mí asoma la cabeza incluso donde no debería. Varias veces he tenido que constatar que, por exceso de prudencia, una persona ha callado cosas que solo ella podría haber dicho...

Tal vez me equivoque y el libro no sea tan peligroso. De todos modos, le ruego que no emita un juicio definitivo sobre mí, al menos en lo que respecta a mi actividad médica. Y en cuanto al hombre, Ud., no podrá liberarse de mí, al menos porque no seré yo quien lo deje; estoy tan fuertemente ligado a Ud., que perdería un pedazo de piel si me desprendiera.

Espero que mis declaraciones de amor no suenen demasiado monótonas. En el fondo, sin embargo, estoy tranquilo al respecto, desde que vi su sonrisa comprensiva que personifica tan bien el ‘No juzguen’” (Freud, Groddeck, 1970, 43).

Es evidente, *in primis* para Groddeck, por un lado la imagen grandiosa de sí mismo (el megalómano, el único que puede decir ciertas cosas) y por otro lado la imagen devaluada (el niño asustado frente a los padres). No se escapa la dimensión materna en la cual Freud es experimentado, la misma que él reiterará dos años después en la carta del 23 de noviembre de 1922 (Lualdi, 2022a, 5) y que Freud siempre rechazará. Desde este punto de vista, la sonrisa comprensiva y no juiciosa ciertamente evoca más la acogida incondicional del elemento materno arcaico que la autoridad paterna que interviene en esa relación. Pero es sobre todo la

imagen de la ruptura, de la desgarradora realidad de la piel en el abandono, la que transmite el aspecto más regresivo y profundo de la relación de Groddeck con la madre-Freud.

Solo un mes antes, el 17 de octubre, Groddeck cerró la carta con la que enviaba a Freud “*Sobre el psicoanálisis de lo orgánico en el hombre*”, con una abierta declaración de amor:

“... en el día del congreso, no he hecho sino correr detrás suyo casi como en trance, como un enamorado” (Freud, Groddeck, 1970, 40)

Es aquí el 20 de noviembre cuando siente la necesidad de expresar la esperanza de que sus “manifestaciones de amor no suenen demasiado monótonas”. También se nota cómo, para Groddeck, el congreso se reduce a un solo día, aunque sabemos que tanto él como Freud se quedaron en La Haya durante toda la duración de las exposiciones e incluso más⁴: evidentemente, *el día* al que se refiere es el 9 de septiembre, cuando Groddeck comienza su conferencia declarando: “Soy un analista salvaje”.

Y volvemos de nuevo a nuestra frase: ¿qué tiene que ver esta con todo lo dicho hasta ahora? Un primer elemento necesario para responder es la propia condición de perpetuo conflicto de Groddeck, quien marca desde el principio la forma en que vive su relación con Freud: un continuo vaivén entre el enamoramiento por él y la grandiosidad de su Yo megalomaniaco, ambas formas de excesiva investidura libidinal, la primera hacia el otro, la segunda hacia sí mismo (Freud, 1914, 468 y siguientes).

El segundo elemento, estrechamente relacionado con el primero, es la concentración de la atención e interés de Groddeck exclusivamente en Freud: como buen enamorado, solo tiene ojos para él, todo el resto del movimiento psicoanalítico no cuenta. Ya hemos captado este aspecto analizando la conferencia de Groddeck en el congreso de Berlín de 1922 (Lualdi, 2022c) a la luz de la valiosa carta del 23 de noviembre de 1922, de la cual ya se ha destacado la analogía con la carta del 20 de noviembre de 1920 con respecto a la transferencia materna sobre Freud. Se ha dicho cómo en esa ocasión, a través de su conferencia, Groddeck habla en dos niveles diferentes a dos oyentes distintos: por un lado, el anónimo representado por la audiencia, capaz de captar solo el contenido literal de la intervención, por otro lado Freud, el único oyente del que Groddeck realmente se preocupa, el único que, ya conocedor de muchos antecedentes debido a los intercambios epistolares privados anteriores, puede acceder al nivel más profundo y verdaderamente significativo de la conferencia. No es casualidad que, en la carta del 23 de noviembre de 1922, Groddeck califique esta última como “un discurso ingenioso del que probablemente *solo quienes ya sabían algo* han captado la inteligencia” (énfasis mío): en medio de un público indistinto que solo pudo captar los aspectos ingeniosos del discurso, Freud era probablemente el único en comprender su inteligibilidad.

Hemos también visto, al continuar la investigación de los eventos del congreso de Berlín, que lo que perturba a Groddeck después de escuchar la conferencia de Freud es —al menos esa es mi hipótesis— un problema de prioridad: ¿reclamar la paternidad del concepto de Ello o callar? Se trata del conflicto central formulado anteriormente, que Groddeck resuelve tomando simultáneamente dos caminos: en un nivel superficial, guarda silencio y no plantea cuestiones de prioridad, ajustándose así al papel de seguidor, pero en un nivel más profundo le hace llegar a Freud un mensaje completamente diferente: “Yo, no Ud., he entendido que el concepto de inconsciente necesita ser revisado y redefinido, y que para ello es necesario introducir al Ello. El pionero, el que guía, soy yo”. Una circunstancia interesante es que el tema de las conferencias, tanto de Groddeck como de Freud en el congreso de Berlín, es decir, las cuestiones de la definición del inconsciente y la introducción del Ello, se encuentra expresado justo en las primeras cartas entre los dos. Cuando Groddeck, al introducir el concepto de Ello, escribe a Freud el 27 de mayo de 1917 sobre la necesidad de ampliar el concepto de inconsciente (Freud, Groddeck, 1970, 12), Freud responde el 5 de junio:

“No se necesita *ninguna* ampliación del concepto de Ubw [Inc] para abarcar sus experiencias en los trastornos orgánicos” (Freud, Groddeck, 1970, 17, cursiva del autor, corchetes míos).

Por lo tanto, en 1917, Freud rechaza el concepto de “Ello”, lo que nos ayuda a comprender mejor la conmoción de un Groddeck desprevenido que, en el congreso de 1922, escucha a Freud declarar la necesidad de repensar el inconsciente e introducir precisamente ese concepto: ¡un rayo fulminante en un despejado cielo! Tanto es así que, al tomar la palabra, Groddeck simplemente vuelve a plantear esencialmente parte del contenido de su primera carta de mayo de 1917, como se puede ver fácilmente incluso con una lectura rápida.

Nos deja perplejo este tipo de “anulación” del tiempo, que fusiona el texto de una carta de 1917 con el de una conferencia de 1922. Los enamorados, incluso aún más cuando están heridos, a menudo suelen recordar algún evento ocurrido incluso años antes con la misma vividez que el hecho recién ocurrido, quizás con el mismo acompañamiento emocional original: no es más que la manifestación de ciertas leyes que gobiernan el inconsciente, cuya estructura es atemporal (Freud, 1915, 71). En Groddeck, un “colapso cronológico” similar ocurre en varias ocasiones y situaciones. Aquí se observan algunos ejemplos, además del mencionado anteriormente. En la carta del 31 de mayo de 1923 encontramos un inciso interesante:

“Usted, y también su hija Anna, a quien no quise reconocer, tienen los ojos de mi madre” (Freud, Groddeck, 1970, 82).

Groddeck hace esta afirmación como si estuviera simplemente continuando un discurso sin interrupciones o, como mucho, retomando uno recientemente interrumpido. Pero aquellos que lean la carta se darán cuenta de que el comentario no encuentra contextualización: solo se intuye que está dando por sentado algo de lo que el destinatario también está al tanto. Bueno, este algo *solo* se encuentra en una carta escrita por él aproximadamente seis meses antes, en la ya conocida del 23 de noviembre de 1922:

“... la señorita Anna Freud. El hecho de que no la hubiera reconocido [en el congreso de Berlín] encuentra su justificación en sus ojos, son muy similares a los de mi madre” (Lualdi, 2022a, 5; mis corchetes).

Y si dar por sentado que el otro recuerde el contenido (nunca más señalado) de una línea de una larga carta de seis meses antes parece algo poco significativo, considere el inicio de la carta del 23 de noviembre de 1922:

“Una vez Ud., me escribió que lee con interés las narraciones de mis experiencias personales” (Lualdi, 2022a, 3).

Aquí, como aclara Michael Giefer en la edición que él mismo supervisó de la correspondencia, Groddeck se está refiriendo a ¡la segunda carta de Freud, la del 29 de julio de 1917!.

Además, sabemos que en 1926 evocó con vívido recuerdo y frescura de sentimientos los eventos del congreso de La Haya, seis años antes:

‘Cuando pienso en aquel encuentro, siento alegría: tuve palpitaciones, no aquellas de quien siente miedo ni las de un estudiante frente al maestro —creo que nunca he experimentado una sensación como esa...’ (cit. en Martynkewicz, 1997, 260).

Más aún, el 7 de febrero de 1932, es decir, otros seis años después, escribe a Freud:

‘... quizás la señorita Anna todavía tiene un poco de simpatía por mí, recordando nuestro encuentro en La Haya, *el que no dejo de recordar con frecuencia*’ (Freud, Groddeck, 1970, 109, énfasis mío).

Precisamente esta propensión a anular las distancias temporales, dando por sentado con frecuencia que lo mismo es válido para el otro, es el tercer y último elemento que necesitamos para reconstruir los eventos que llevan a Groddeck a declararse ‘analista salvaje’ en 1920. Por lo tanto, reconstruyamos, finalmente, el panorama.

Incluso en La Haya, el punto fundamental sigue siendo el conflicto de Groddeck entre mostrarse seguidor de Freud e innovador independiente, un conflicto probablemente agudizado por el hecho de que es la *primera* y esperada ocasión en la que puede conocer personalmente al padre del psicoanálisis. Por un lado, Groddeck expone sobre psicósomática, un campo en el que puede declararse pionero sin temor a negativas, pero por otro lado, se presenta como seguidor de Freud, un aspecto resaltado por el hecho de que, precisamente para participar en el congreso, tuvo que unirse oficialmente al grupo psicoanalítico de Berlín. Además, durante el congreso (y antes de la conferencia de Groddeck), se debate acaloradamente la cuestión de las reglas de afiliación para los nuevos miembros: tema candente para muchos y difícil de resolver.

Cuando Groddeck toma la palabra para la conferencia, el conflicto alcanza su punto culminante: ¿cómo presentarse ante Freud, el único público que realmente le importa algo? ¿cómo el fiel seguidor o como el innovador, igual que él? En esencia, se plantea el mismo dilema de su primera carta al padre del psicoanálisis, que necesariamente era una carta “de presentación”. Ahora el dilema se juega en el nivel emocionalmente más impactante del primer contacto “en persona”.

Y, al igual que en Berlín, aquí también intenta comunicarse en dos niveles, uno superficial dirigido a todos y el segundo, profundo y alusivo, dirigido única y deliberadamente a Freud. Esto comienza precisamente con la frase de apertura: “Soy un analista salvaje”.

A los oídos de los presentes, esta frase no puede sino resonar con los ecos de los debates sobre el análisis lego que se llevaron a cabo hasta unas pocas horas antes. Podríamos equiparar este nivel de significado con el contenido manifiesto de un sueño, en el que resuenan los restos diurnos que le dieron forma. Y al igual que en el sueño, el otro contenido, el latente, relacionado con los impulsos y su historia, aprovecha a su favor esos restos diurnos, así sucede con nuestra frase: toma como punto de partida los debates recién concluidos sobre el análisis salvaje, aprovecha la oportunidad para dar voz a una cuestión pasada pero aparentemente resuelta y, sobre todo, libidinosamente investida: la de los roles recíprocos en su relación con Freud. En este segundo nivel, la frase se configura como la reacción más veraz de Groddeck al ser colocado por Freud, al principio de su relación, en la “horda salvaje”.

Se recordará que la leyenda es conocida tanto como “la horda salvaje” (o “ejército salvaje”) como “la chusma salvaje” (die wilde Jagd) y finalmente, por ejemplo, en la versión de Bürger, posible fuente literaria de la alusión de Freud, como “el cazador salvaje”, “der wilder Jäger”. En el primer caso, el énfasis está en el grupo de seguidores, en el tercero en quien los lidera y guía: el “cazador salvaje” es el calco del cual Groddeck extrae la huella alusiva de su declaración de ser un “analista salvaje”, enriqueciéndola con un significado oculto (latente) pero al mismo tiempo bien visible a los ojos de aquel que primero hizo referencia a esa leyenda. En otras palabras, frente a un Freud que desde el principio quiere ponerlo entre los seguidores, Groddeck responde ahora con sus propios términos: él no es simplemente un seguidor sino un líder, no forma parte de la “horda salvaje” sino que es el “salvaje”, cazador-analista, digno y capaz de tomar sus propias decisiones, ni más ni menos que el “conquistador” Freud. La apuesta aquí es mucho más alta que simplemente lograr alguna reacción en la audiencia, ya sea desconcierto o diversión: se trata de definir coordenadas identitarias precisas y establecer las posiciones recíprocas dentro de su relación, así como de aclarar quién de los dos tiene el derecho de hacerlo.

De hecho, aquí vuelve a ser sugerente la analogía con el sueño. Si la coherencia del contenido latente se puede lograr a expensas de (o gracias a) incoherencias más o menos importantes en el contenido manifiesto, lo mismo ocurre con la declaración de Groddeck. De hecho, hemos visto que el significado manifiesto de la frase lo deja a uno bastante perplejo, porque concretamente Groddeck en 1920 está lejos de ser un “analista salvaje”, por lo que como provocación o chiste no parece muy bien concebida⁵. Por el contrario, al enfocarnos en el nivel “latente”, las referencias de la frase son más complejas y mucho mejor orquestadas, en una formidable obra de condensación. Al superponer el congreso de 1920, el primer encuentro en persona con Freud, al primer intercambio epistolar de tres años antes, se crea la conexión que permite aprovechar

un hecho actual y conocido por todos los presentes (las discusiones sobre el análisis salvaje o lego) como vehículo para cuestiones mucho más relevantes para Groddeck (definir la relación con Freud). El adjetivo “wild”, “salvaje”, sirve como sólido vínculo entre los dos tiempos y las dos temáticas, así como punto de intercambio para distribuir los dos significados diferentes a los dos destinatarios distintos, Freud y la audiencia. La modalidad de esta condensación es refinada y difundida entre los eruditos de la época, consistente en enviar una especie de “mensaje en código” disfrazado como un mensaje explícito y decodificable solo por el destinatario designado, que tiene el conocimiento necesario para hacerlo. Como valor añadido, el código del mensaje se reviste quizás de un halo literario (Bürger), ciertamente legendario.

Y si esta reconstrucción tiene sentido, la intervención de Groddeck debe considerarse una verdadera obra maestra de comunicación.

AMPLIANDO LA MIRADA

Las dinámicas que hemos establecido como base para la afirmación con la que Groddeck introduce su conferencia encuentran aplicación, de manera significativa, también en esta última en su conjunto. Es interesante notar cómo el ensayo extraído de ella, “*Sobre el psicoanálisis de lo orgánico en el hombre*”, vuelve a presentar elementos destacados del primer intercambio de cartas entre Groddeck y Freud. Entre los varios paralelos que se podrían trazar, uno merece atención especial.

Groddeck escribe a Freud el 27 de mayo de 1917:

“... pronto... me encontré frente a los conceptos de transferencia y resistencia... que en cierto sentido se convirtieron automáticamente en las piedras angulares del tratamiento” (Freud, Groddeck, 1970, 9).

Y con clara referencia a este pasaje Freud le responde:

“Aquel que reconoce que la transferencia y la resistencia son la clave del tratamiento pertenece ahora, sin remedio, a la horda salvaje” (Freud, Groddeck, 1970, 17).

Ahora bien, este punto mismo, que lleva a Freud a reconocer a Groddeck como su seguidor y a situarlo en la “*schiera selvaggia*”, es retomado en el escrito de 1921, casi como sello de la íntima proximidad entre las dos situaciones:

“Los dos factores que guían el tratamiento psicoanalítico y que son decisivos en su aplicación, resistencia y transferencia, siempre han sido conocidos en la terapia orgánica... *Que Freud* haya dejado claro lo que realmente significan estas cosas nos ha vuelto más modestos y seguros. Esta teoría, la más importante desde el punto de vista práctico, puede convertirse quizás en el único bien común para todos los médicos; deberá convertirse en ello y por eso lo hará. En el tratamiento de la resistencia y la transferencia se encierra toda la sabiduría de la acción médica” (Groddeck, 1921, 17; énfasis del autor).

Incluso en el cuerpo de la conferencia de 1920, entonces, se entrelazan las dos pulsiones conflictivas de Groddeck en su relación con Freud: ser reconocido como seguidor (referencia a transferencia y resistencia) y al mismo tiempo ser admirado como pionero (la elección del tema). El poderoso comienzo, la referencia al analista salvaje, marca además el predominio del elemento orgulloso, la necesidad de ser confirmado en el papel de líder. Recordemos también que justo después del congreso, Groddeck destaca este aspecto al escribir a Freud:

“El megalómano que llevo dentro de mí saca la cabeza incluso donde no debería”.

El conflicto atraviesa toda la relación Freud-Groddeck, y su intercambio epistolar nos permite captar varios momentos, entre los cuales destaco un par. El primero es durante el sexagésimo cumpleaños de Groddeck, cuando Simmel recuerda públicamente los eventos de 1920. Agradeciendo a la Sociedad Psicoanalítica de Viena por los deseos recibidos, Groddeck aprovecha la oportunidad para subrayar su papel de líder en la investigación psicosomática, en comparación con un movimiento psicoanalítico concebido globalmente como una especie de “schiera selvaggia” a su servicio, recuperando, entre otras cosas, la imagen de los territorios por explorar con la que abría “*Sobre el psicoanálisis de lo orgánico en el hombre*”:

“El interés que mis tesis han despertado en la Sociedad, y posteriormente en todo el movimiento psicoanalítico internacional, es para mí un estímulo efectivo para adentrarme cada vez más en los campos, hoy aún casi inexplorados, que tengo ante mí, y hacerlos lo suficientemente accesibles a una investigación metódica que resulte útil a la ciencia” (Freud, Groddeck, 1970, 101).

El segundo lo encontramos en la carta del 9 de septiembre de 1927, en la que, después de quejarse del juicio negativo expresado por Freud sobre “*El libro del Ello*”, continúa defendiendo su línea de investigación:

“Si ninguno de los miembros de la Sociedad se atrevió a seguir mi proposición... no es porque mi camino esté equivocado... No puedo dejar de pensar que las causas de esta singular actitud de la Sociedad deben buscarse en el miedo a su desaprobación. Se conoce su opinión sobre *el Libro del Ello*, pero no se conoce, o al menos se finge no conocer, su opinión sobre el uso del psicoanálisis en las enfermedades orgánicas. Soy lo suficientemente presumido como para deducir de su antiguo silencio sobre mi actividad que usted piensa algo así: Groddeck tiene una idea que podría servir, pero la manera en que la presenta, yo, Freud, no la puedo aprobar; debe arreglárselas solo y lo hará. Esto es un honor para mí, pero también es un dolor, antiguo y profundo” (Freud, Groddeck, 1970, 104-5; énfasis del autor).

Aquí está clara, ante todo, la amargura del “analista salvaje”, del líder que se queda sin su “horda salvaje”, retirada para seguir a Freud, el único (otro) “cazador salvaje”. Groddeck se siente aceptado y al mismo tiempo desaprobado, experimentando al mismo tiempo un honor orgulloso y un dolor profundo. Y téngase en cuenta: el motivo de la desaprobación sospechada por parte de Freud es precisamente ese Libro del Ello del que Groddeck le escribía justo después del congreso de La Haya, temiendo ya en esa primera ocasión recibir un juicio negativo. Lamentablemente, no se ha conservado la respuesta de Freud.

CONCLUSIONES

El recorrido a lo largo de estos siete contribuciones dedicadas a Groddeck finalmente ha permitido volver a cuestionar su histórica declaración, “Soy un analista salvaje”, hipotetizando un segundo significado, más profundo que el comúnmente considerado y jugado con un código alusivo. Parecería que después de la conferencia de Groddeck, este canal de comunicación subterráneo deja de ser utilizado. Pero quizás no sea del todo cierto.

Después de escuchar la conferencia, Freud le pregunta a Groddeck si “lo que [ha] afirmado, [lo] dijo en serio” (Freud, Groddeck, 1970, 38). ¿Se está refiriendo a la provocadora frase de apertura? Tal vez su pregunta sea: “¿Debo tomar en serio cuando dice que es un analista salvaje en el sentido que usted y yo sabemos?” Groddeck, de hecho, responde con su carta del 11 de septiembre de 1920 refiriéndose al contenido de la conferencia, pero esto simplemente significa que sí, Freud tiene que tomar en serio lo que dijo en el congreso. Después de eso, aquí está el punto crucial; continúa sin interrupción preguntando:

“*Ceteris paribus*: ¿cuándo viene a Baden-Baden?” (Freud, Groddeck, 1970, 38).

En otras palabras, *ceteris paribus* (es decir, si todo lo demás permanece igual, debiendo tomar en serio a Groddeck en lo que dice), ¿cuándo decidirá Freud rendirle un homenaje y visitarlo en su clínica, donde él es verdaderamente el líder, donde tiene su “grupo salvaje”?⁶

A partir de este punto, ya no podemos seguir este canal alusivo de comunicación entre los dos hombres, ya que falta la respuesta de Freud a esta carta. Sin embargo, no carece de significado el hecho de que, a pesar de las repetidas invitaciones de Groddeck, Freud nunca visitó Baden-Baden.

BIBLIOGRAFIA

- Anonimo, Bericht über dem VI. Internationalen Psychoanalytischen Kongreß im Haag. 8. bis 11. September 1920. In Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse, 1920 (VI), Heft 4, 376-402.
- Bion W. R., Apprendere dall'esperienza, Armando Editore, Roma, 1972.
- Bion W. R., Bion a Los Angeles. In Bion F. (a cura di), Discussioni con W.R. Bion, Loescher, Torino, 1984, 9-74.
- Bion W. R., Seminari italiani, Borla, Roma, 1983.
- Bion W.R. (1997), Addomesticare i pensieri selvatici, FrancoAngeli, Milano, 1998.
- Bion W. R. (2005), Seminari Tavistock, Borla, Roma, 2007.
- Boccaccio G., Decameron, Arnoldo Mondadori Editore, Milano, 1985, 481-7.
- Berchet G. (1816), Sul cacciatore feroce e sulla Eleonora di Goffredo Augusto Burger. Lettera semiseria di Grisostomo. In Cusani F. (a cura di), Opere di Giovanni Berchet edite e inedite, Pirotta e Comp. Milano, 1863.
- Clark R. W. (1980a), Freud, Rizzoli, Milano, 1983.
- Clark R. W. (1980b), Freud. The Man and the Cause, Random House, New York, 1980.
- Correale A., Ps,↔D. In Neri C., Correale A., Fadda P. (a cura di), Letture bioniane, Borla, Roma, 1994, 100-6.
- Davies J. K., Fichtner G., Freud's Library. A comprehensive Catalogue, Edition Diskord, Tübingen, 2004.
- Freud S. (1910), Psicoanalisi “selvaggia”. In OSF, VI, Bollati Boringhieri, Torino, 321-31.
- Freud S. (1914), Introduzione al narcisismo. In OSF, VII, Bollati Boringhieri, Torino, 439-80.
- Freud S. (1915), L'inconscio. In OSF, VIII, Bollati Boringhieri, Torino, 49-88.
- Freud S. (1960), Lettere. 1873-1939, Bollati Boringhieri, Torino, 1960.
- Freud S. (1985), Lettere a Wilhelm Fliess 1887-1904, Bollati Boringhieri, Torino, 1986.
- Freud s., Groddeck G. (1970),
- Gay P. (1988), Freud, una vita per i nostri tempi, Edizione CDE, Milano, 1988.
- Groddeck G. (1921), Sulla psicoanalisi dell'organico nell'uomo. In Lualdi M. M. (2022e), Georg Groddeck Parte V: Sulla psicoanalisi dell'organico nell'uomo (1921), PDF, 3-21.
- Groddeck G. (1978), Conferenze psicoanalitiche (1916-1917), UTET, Torino, 2005.
- Groddeck G. (1992), Satanarium, Il Saggiatore, Milano, 1996.
- Groddeck G., Freud S., Briefwechsel 1917-1934, Persönliche Ausgabe von Tobias Back, 2014.
- Grossman C. M., Grossman S., The Wild Analyst, Georg Braziller Inc., New York, 1965.
- Grotjahn M. (1966), Georg Groddeck (1866-1934). L'analista indomito. In Alexander F., Eisenstein S., Grotjahn M., Pionieri della psicoanalisi, Feltrinelli, Milano, 1971.
- Grotjahn M., The Voice of the Symbol, Mara Books, Los Angeles, 1971.
- Lualdi M. M. (2022a), Georg Groddeck Parte I: Quattro integrazioni all'epistolario Sigmund Freud-Georg Groddeck, PDF
- Lualdi M. M. (2022c), Georg Groddeck Parte II: La fuga nella filosofia (Berlino, 1922), PDF.
- Lualdi M. M. (2022d), Georg Groddeck Parte IV: Sul trattamento psicoanalitico della malattie organiche (L'Aia, 1920), PDF.
- Martynkewicz G. (1997), Georg Groddeck. Una vita, Il Saggiatore, Milano, 2005.
- Roazen P. (1975), Freud e i suoi seguaci, Torino, Einaudi, 1998
- Roudinesco E. (2014), Sigmund Freud nel suo tempo e nel nostro, Einaudi, Torino, 2015.

Simmel E. (1926). Georg Groddeck, per il sessantesimo compleanno. In: Lualdi M. M. (2022b), Georg Groddeck Parte VI: Buon compleanno Mr Groddeck! (Simmel, 1926) PDF, 6-14.

(*) Psicólogo y psicoterapeuta con orientación psicoanalítica. Además de la actividad clínica, que realiza en Gorla Minore, (VA), se ha dedicado a estudiar la historia del psicoanálisis y de Freud, área en la que ha publicado: Il “gruppo interno” nel pensiero di W. R. Bion: dall’immagine al concetto (2018); Omosessualità: trame storiche (2013) y M. Proust e W.R. Bion: due vertici di uno stesso percorso (2016). Ha traducido varios de los escritos neurológicos de Freud, incluidos los tres volúmenes sobre la parálisis cerebral infantil; colaborado con Raffaello Cortina Editore, como traductor del volumen “Doctor Kernberg, ¿para qué sirve la psicoterapia?” (de Manfred Lütz); y con Hoepli para la edición de la biografía escrita por Peter-André Alt: “Sigmund Freud. Il medico dell’inconscio. Una biografía”. Durante algunos años enseñó en la Escuela de Especialización en Psicoterapia Psicoanalítica de la Fundación Francesco Bonaccorsi (MI). Autor del libro “ Re Salvaggio. Georg Groddeck ai congressi psicoanalitici” del cual este trabajo corresponde a la parte VI.

Contacto: michelelualdim@gmail.co

Publicado en: <https://ilpassopsicoanalitico.blogspot.com/>

Volver a Artículos sobre Georg Groddeck
Volver a Newsletter-26-ALSF-ex-80

Notas al final

- 1.- Dado que en algunas versiones estos seres sobrenaturales son almas de difuntos que no han encontrado descanso eterno (como ocurre en la novela de Boccaccio), la traducción “schiera dannata” recobra sentido. Sin embargo, se trataría de un término aplicable solo a ciertas formas de la leyenda y, por lo tanto, de valor limitado y parcial.
- 2.- Aquí me viene a la mente la famosa frase que Freud le dijo a Jung en 1909, al llegar a América: “No saben que les traemos la peste”... es una lástima que se trate de una leyenda difundida en el círculo de Lacan, que pareciera carecer de fundamento (Roudinesco, 2014, 179 n. 8). Sin embargo, la fábula encierra un núcleo de verdad captado por la conexión con la leyenda: Freud y su “horda salvaje”, portadores de conocimientos e ideas impactantes y “contagiosas.”
- 3.- Sucede algo similar al intercambio de cartas entre Freud y Jung, donde las primeras cartas contienen de manera embrionaria esas diferencias de opinión que finalmente contribuirán al dramático epílogo de su relación.
- 4.- Groddeck, de hecho, le escribe a Freud el 11 de septiembre aún desde La Haya, y sabemos que, por su parte, Freud se quedó en la ciudad los días siguientes. Consulte Lualdi, 2022d, 10 n. 5 para más detalles al respecto.
- 5.- Hasta donde yo sé, más allá del escrito de Simmel de 1926, no existen otros comentarios de participantes en el congreso que se centren en la intervención de Groddeck: no los he encontrado en ninguno de los intercambios psicoanalíticos que he podido consultar. Esto podría ser una indicación de que, en realidad, la frase no tuvo el gran impacto en la audiencia que probablemente Groddeck esperaba.
- 6.- La verdadera “horda salvaje” de Groddeck estaba formada por los pacientes de su clínica, con quienes regularmente compartía conferencias psicoanalíticas y gran parte de su vida. Algunas de estas conferencias están disponibles también en italiano, en un volumen cuya riqueza aún se subestima (Groddeck, 1978). En este sentido, el texto “Satanarium” (Groddeck, 1992) resulta interesante, ya que recopila unos treinta fascículos de una publicación interna de la clínica de Groddeck, con la que pretendía dar voz al “pueblo de Satán (¿esta denominación no recuerda a la “horda salvaje”?). Por último, destaco que la biografía de Martynkewicz incluye una fotografía de Groddeck rodeado de pacientes y familiares en un momento de recreo en la Selva Negra, la cual se encuentra en una tabla sin numerar. Cabe destacar que las conferencias psicoanalíticas datan de los años 1916-17; “Satanarium” es de 1918, y la fotografía es de 1920: precisamente el período entre el primer contacto epistolar con Freud y el congreso de La Haya